

El dudoso futuro de la India como gran potencia

Samir Amin

Con una población de más de 1.000 millones de habitantes, cada vez más próxima a la de China, y una tasa de crecimiento económico superior a la media mundial, actualmente se identifica con frecuencia a la India como una de las naciones con perspectivas de convertirse en una de las grandes potencias del siglo XXI. El objeto de este artículo es cuestionar dicho pronóstico, ya que tengo la impresión de que las condiciones necesarias para que la India llegue a ser una de las grandes potencias modernas distan mucho de ser seguras.

Mis dudas derivan del hecho crucialmente importante de que la India independiente no ha abordado el gran reto de transformar radicalmente las estructuras heredadas del capitalismo colonial. No cabe duda de que la clase gobernante de la India independiente decidió insertar un plan para la creación de una burguesía nacional en dicho legado; un legado que, en su mayor parte, se ha preservado. Al examinar los éxitos, las limitaciones e incluso los fallos de dicho proyecto, plantearé aquellas cuestiones que el discurso liberal moderno ha evitado desde el principio: ¿está condenada la burguesía india a la «compradorización»* inherente a las estructuras capi-

• Artículo publicado en *MR*, vol. 56, n.º 9, febrero de 2005, pp. 1-13. Traducción de Joan Quesada. Samir Amin es director del Forum del Tercer Mundo de Dakar, Senegal. Entre sus obras más recientes se cuentan *Obsolescent Capitalism: Contemporary Politics and Global Disorder* [Capitalismo obsolecente: política contemporánea y desorden global; Zed Books, 2004] y *El virus liberal: la guerra permanente y la americanización del mundo*, de próxima publicación en Editorial Hacer.

* Situación en la que el desarrollo económico de un país receptor de inversiones queda

talistas periféricas del país y, por consiguiente, resulta imposible la ascensión de la India al estatus de gran potencia moderna sin experimentar una verdadera revolución social?

La herencia colonial

La colonización británica transformó básicamente la India en un país agrícola capitalista dependiente. A tal fin, los británicos instauraron sistemáticamente formas de propiedad privada de los terrenos agrícolas que negaban a la mayor parte del campesinado el acceso a estos. Dichas formas dieron lugar al desarrollo de grandes latifundios dominantes en el norte del país, y fueron menos desventajosas para las propiedades de dimensiones medias del campesinado comparativamente acomodado del sur. La mayoría de los campesinos se vieron transformados en un campesinado pobre y prácticamente sin tierras. El precio de este desequilibrado enfoque capitalista para el desarrollo agrícola son las condiciones de increíble pobreza en las que vive la enorme mayoría del pueblo indio.

La forma universal de organizar la gestión de la tierra no es mediante la propiedad privada, como creen automáticamente las mentes modernas deformadas por el eurocentrismo, sino la propiedad que emana de la comunidad política. En la India precolonial, eran las comunidades rurales las que distribuían el acceso a la tierra (sobre la base de principios fuertemente desigualitarios vinculados al sistema jerárquico de castas). Estas, a su vez, estaban sujetas a una comunidad política superior: el Estado, que recaudaba impuestos de las comunidades sujetas a su autoridad. Los británicos elevaron a las personas responsables de dicha gestión política, con diversos grados de autoridad, a la categoría de propietarios privados y les impusieron su modelo particular de capitalismo occidental. Ese mismo patrón fue el que siguieron también otros europeos en América y en las colonias asiáticas y africanas. Hoy en día, los cargos del Banco Mundial no cuentan con los medios intelectuales necesarios para comprender que lo que ellos recomiendan como único enfoque universal (la propiedad privada de la tierra) no pasa de ser un enfoque excepcional cuyo éxito en una pequeña porción del mundo esconde el hecho de que para el resto del mundo representa un punto muerto.

Al principio, los comunistas indios de la década de 1930 recomendaban hacer frente a dicho legado y suscribir el programa más radical de reforma agraria: «la tierra para quienes la trabajan», es decir, para la prác-

supeditado a los intereses de los inversores extranjeros más que a los de sus propios ciudadanos. [T.]

tica totalidad de los campesinos. La burguesía del Partido del Congreso nunca llevó tal cosa a cabo, y la India independiente rebajó sus promesas al campesinado a una parodia de reforma agraria sin ningún impacto real. La verdad sigue siendo que, igual que sucedió en Bengala Occidental y Kerala, cuando los poderes parlamentarios comunistas fueron algo más allá, hasta donde la Constitución india les permitía, los resultados positivos que se registraron en términos sociales y económicos fueron significativos y el apoyo popular a los reformadores se vio reforzado.

Aunque la cuestión fundamental de la propiedad de las tierras agrícolas ya había sido antes uno de los principales temas de debate dentro del comunismo y en todos los demás enclaves (incluida la burguesía democrática y los populistas), la penetración de la ideología liberal tras la Segunda Guerra Mundial (antes incluso de su triunfo aparentemente total a finales de siglo) logró imponer las nociones erróneas de que la propiedad privada de la tierra era algo esencial, de que no había otra alternativa que el enfoque occidental (en el cual el campesinado desaparece para ser absorbido por el desarrollo capitalista urbano) y de que la reivindicación de la reforma agraria era, por lo tanto, algo caduco. El Banco Mundial puso en marcha la revolución verde y las formas de la llamada reforma agraria con base en el mercado. Su puesta en práctica siempre acabó en desastre: consolidación de las desigualdades sociales y aumento de la sumisión de los productores agrícolas al capital dominante (lo cual era, en realidad, el verdadero objetivo, nunca confesado, de tales políticas). La India es un buen ejemplo de ello. También sabemos que las reformas agrarias con base en el mercado llevadas a cabo por el Banco Mundial desde Brasil hasta Sudáfrica han acabado siendo una farsa. Desgraciadamente, gran parte de la izquierda actual está contaminada por los absurdos difundidos por la ideología liberal, entre ellos importantes sectores de los partidos comunistas indios. Los tradicionalistas, que aspiran a instaurar lo que imaginan que era el auténtico orden social originario, se guardan mucho de desafiar ese legado de la colonización que beneficia a las minorías privilegiadas. En la India, los nacionalistas hindúes, al igual que los defensores del islam político de todos los demás lugares (en particular, de Pakistán), están sometidos a la expansión del capitalismo periférico dependiente.

En la India, el obstáculo al progreso que supone la herencia colonial se ve agravado por la persistencia del sistema de castas. Las «castas inferiores» (conocidas hoy en día como los «*dalit*») y las poblaciones tribales que gozan de ese mismo estatus representan una cuarta parte de la población de la India (unos 250 millones de personas). Privados del acceso a la tierra, constituyen una masa de trabajadores disponible para realizar cual-

quier tarea durante cualquier periodo de tiempo por una mera miseria. La persistencia de esa situación refuerza las ideas y comportamientos reaccionarios de «los otros» y beneficia el ejercicio del poder de, y en beneficio de, la minoría privilegiada. Desempeña un papel destacado en la atenuación e incluso neutralización de toda protesta que pueda protagonizar una mayoría explotada atrapada entre la minoría explotadora y el estatus de oprimidos de las comunidades tribales y de los *dalit*.

Por supuesto, la colonización británica tuvo buen cuidado de no desafiar el sistema de castas, escondiéndose tras la hipócrita pretensión de respetar la tradición (algo que los británicos no hicieron cuando no les convino, como, por ejemplo, al privatizar la propiedad de la tierra). El poder colonial manipuló al mismo tiempo la situación en beneficio propio al permitir a algunos *dalit* el acceso, a través de la educación, a puestos de colaboración. Podría decirse que los poderes de la India independiente han mantenido esa tradición, que sólo se ha visto seriamente cuestionada durante el breve periodo que duró en el poder la alianza de izquierdas liderada por V. P. Singh (con el apoyo de los parlamentarios comunistas). La derecha hindú, por supuesto, no tiene nada que comentar sobre el tema. Y los Estados Unidos de hoy —con la intermediación de las ONG que afirman defender los derechos humanos— miran de manipular las protestas de la comunidad *dalit* y mantenerlas contenidas en espacios inofensivos para la gestión del capitalismo en su conjunto.

Afortunadamente, es posible que dicha situación se halle en proceso de superación como consecuencia de la radicalización de la lucha en forma de sublevaciones lideradas, en particular, por los campesinos maoístas naxalitas. Es verdad que dichas sublevaciones han sido reprimidas, en el sentido de que todavía no han conseguido establecer y estabilizar unas regiones liberadas con un poder popular. Sin embargo, la resistencia armada de liderazgo maoísta, al iniciar el desafío de las estructuras de propiedad heredadas del colonialismo y del sistema de castas, han allanado el camino para futuras movilizaciones revolucionarias. La entrada de los *dalit* en la escena política, uno de los principales acontecimientos de las dos últimas décadas, es sin duda, al menos en parte, producto del naxalismo.

Triunfos y limitaciones del proyecto populista nacional

Los gobiernos del Partido del Congreso en la India independiente pusieron en práctica un plan nacional que, como era típico de su tiempo, estaba influido por los triunfos de los movimientos de liberación nacional en Asia y África después de la Segunda Guerra Mundial. Los partidos (fuerzas polí-

ticas movilizadas durante la lucha por la independencia, la modernización y el desarrollo) que ha habido desde entonces en el poder han gozado de incuestionable legitimidad, aunque los planes llevados a efecto venían socavados por las ambigüedades que caracterizaron a los propios movimientos de liberación. Eran planes antiimperialistas en la medida en que entendían plenamente que la modernización y el desarrollo requerían, en primer lugar, de la liberación nacional. Sin embargo, hasta ahí llegaban, y pensaban que era posible imponer al sistema globalmente dominante (el capitalismo mundial) los ajustes necesarios para que este permitiera a las naciones de Asia y África establecerse como socios en igualdad de condiciones y, de ese modo, superar progresivamente los obstáculos que representaba su «atraso». A pesar de sus éxitos, cuyo alcance no ha sido en ningún caso desdeñable, no lograron triunfar en última instancia, y rápidamente se toparon con las limitaciones propias de sus ideas estratégicas.

Los debates de esa época —tanto en la India como en todos los demás lugares de Asia y África— giraban específicamente en torno a dichas ideas estratégicas. ¿Era ese un estadio necesario, que en la jerga marxista de la época se describía como una fase «revolucionaria democrático-burguesa», de preparación para evolucionar hacia la izquierda y virar hacia «la construcción del socialismo»?

Más allá de su dimensión nacional establecida, los planes de quienes detentaban el poder incluían medidas sociales de mayor o menor significación que venían impuestas por la gran alianza popular contra el imperialismo, impuestas incluso a quienes, perteneciendo a las clases dominantes, eran incapaces de ver más allá de los beneficios del capitalismo. En todas las distintas situaciones existía un denominador común que conectaba a todos los poderes legítimos surgidos de la liberación nacional, a saber: su carácter populista. Por un lado, su voluntad era asegurar que los beneficios del desarrollo fueran compartidos por la totalidad (o la mayoría) de la sociedad; por otra parte, deseaban controlar el proceso privando a las clases dominadas de la oportunidad de organizarse libremente fuera de su control.

Los comunistas han expresado con frecuencia una clara conciencia de dicha contradicción y de las limitaciones que imponía a los logros del sistema. Sin embargo, por diversas razones que no entraré a discutir, igual que algunos otros de los sometidos a la influencia de los soviéticos (y de las actitudes por estos recomendadas, expresadas en términos de un «enfoque no-capitalista»), la mayoría de los comunistas asiáticos y africanos acabaron convirtiéndose en mayor o menor medida en fuerzas «críticas» de apoyo a los planes populistas nacionales en cuestión. Las divisiones que

enfrentaron al maoísmo contra los soviéticos pusieron freno a veces al grado de dicho apoyo, sobre todo en Asia. En diversa medida, los comunistas indios se mantuvieron a distancia de los planes populistas nacionales del Partido del Congreso. Esos diversos grados de distancia sirven para distinguir hoy en día a los partidos y tendencias dominantes entre los comunistas indios. En la medida en que se mantuvo dicha distancia, los comunistas indios conservan en la actualidad una posición fuerte dentro de su sociedad que, por ejemplo, no es comparable con la posición que ocupan los comunistas árabes, cuyos partidos se unieron casi incondicionalmente al populismo nasserista, baazista o bumediano¹.

A pesar de sus limitaciones, los éxitos logrados por el plan populista nacional de Jawaharlal Nehru e Indira Gandhi en la India fueron significativos en términos tanto económicos como políticos.

Desde sus inicios, la colonización había llevado a cabo una sistemática desindustrialización de la India, un país avanzado en aquellos tiempos, en beneficio de Gran Bretaña, que se encontraba en proceso de industrialización. Así pues, la India independiente concedió una alta prioridad a la industrialización. Fue algo previsto con un alto grado de sistematización, al menos al principio. Además, se favoreció la combinación del gran capital industrial privado indio con las empresas del sector público para rellenar los puntos débiles del sistema de producción heredado de la colonización, acelerar el crecimiento y fortalecer las industrias básicas.

Las macropolíticas de regulación llevadas a la práctica en aquella época estaban diseñadas al servicio de dicho plan de modernización. El control de precios y del cambio de divisas, los subsidios, la regulación de las empresas extranjeras y los préstamos tecnológicos se utilizaron para asegurar el objetivo fundamental de proteger la industria india de los devastadores efectos del dominio de los mercados mundiales por el capital imperialista. Sólo en segundo término perseguían las regulaciones en cuestión objetivos sociales: la redistribución de la riqueza y, sobre todo, la reducción de la extrema pobreza de las clases populares. Ese plan de modernización industrial acelerada, acompañado de un plan de desarrollo de la producción agrícola (en particular, de las cosechas alimenticias) basado en la revolución verde (que vino a reemplazar a la reforma agraria abandonada: ¡la revolución roja!) iba principalmente destinado a conseguir que el país fuera autosuficiente en términos alimentarios. La intención era permitir que este canalizara todos los ingresos provenientes de las exportaciones para cubrir exclusivamente las importaciones que la industria necesitaba.

El plan en su conjunto era de naturaleza verdaderamente capitalista, en el sentido de que los beneficios de la producción y de las tecnologías esco-

gidas no desafiaban la lógica fundamental del capitalismo, aunque podría decirse a este respecto que la experiencia del socialismo realmente existente (incluso, en cierta medida, la de China) no era tan distinta como parecía, a pesar de la carta de exclusividad de la propiedad pública. No obstante, el plan indio era claramente menos radical en el sentido de que el grado de desconexión de su sistema de producción público del sistema mundial dominante era menos sistemático que en el caso de la Unión Soviética o de China, donde salarios y precios (en teoría, planificados) quedaban realmente al margen de cualquier comparación con los del sistema capitalista global. Dicha característica del plan indio, que también se puede encontrar en otras experiencias populistas nacionales no-comunistas (como, por ejemplo, en el mundo árabe), guardaba estrecha relación con el fracaso a la hora de desafiar las estructuras sociales heredadas de la colonización.

El verdadero alcance de dicha estrecha relación se pone de manifiesto en la opción de la revolución verde, que ahora sabemos que reforzó, más que debilitó, la posición de las clases rurales dominantes y, en particular, de los grandes terratenientes.

Todas esas diferencias entre el modelo nacional indio y el de la China comunista explican las manifiestas diferencias en los resultados. La tasa de crecimiento de la producción industrial y agrícola en la India no era mala en esa época: era notablemente mayor de lo que había sido durante la época colonial y estaba por encima de la tasa media del capitalismo de posguerra, aunque, en conjunto, las tasas de crecimiento estaban en niveles considerablemente inferiores a los de China. Además, mientras que el crecimiento de China iba acompañado de una pronunciada mejora de las condiciones de vida de las clases populares, no era así en la India, donde el crecimiento beneficiaba exclusivamente a las nuevas clases medias (que eran una minoría, aunque en 30 años pasaran de representar el 5% al 15% de la población total del país). La pobreza de las clases populares predominantes se mantuvo inalterada, o incluso empeoró ligeramente.

El discurso liberal no tiene en cuenta todas esas realidades fundamentales. Y es esa la razón por la que no suscribo las optimistas conclusiones que extraen muchos futurólogos según las cuales la India está a punto de experimentar un crecimiento acelerado que la elevará al estatus de gran potencia moderna, siguiendo el ejemplo de China. Hasta el momento, China cuenta con la ventaja del legado de su revolución radical, mientras que la India tiene las trabas de un legado colonial nunca desafiado. Es por eso por lo que el crecimiento económico chino, apoyado en sistemas de inversión más favorables al desarrollo del conjunto del sistema productivo, sigue siendo superior al crecimiento indio. El hecho sigue siendo que, si

China se volviera demasiado liberal y si la India continuara con el curso ultraliberal de los últimos quince años aproximadamente, asistiríamos a un desfallecimiento del crecimiento. En mi opinión, la cuestión agraria está en el centro de los desafíos a los que se enfrentan ambos países en la actualidad. Con ello me refiero a la cuestión fundamental del acceso de todo el campesinado a la tierra y la producción, un acceso del que aún gozan hoy las personas en China (¿durante cuánto tiempo más?) y que siempre se les ha negado en la India.

Los éxitos políticos de la India independiente son ciertamente significativos. La India es mucho más heterogénea que China. Fue justamente explotando la diversidad de los pueblos (y estados) indios el único modo en que la colonización británica logró imponer su poder. Hay que conceder al movimiento nacional de liberación el mérito de lograr mantener la unidad de la nación federal india. La razón de dicho éxito radica en el carácter laico del Estado indio, que ni siquiera la oleada de culturalismo hindú ha podido socavar. La diferencia entre el comportamiento de los gobiernos indios y de la mayoría de la sociedad del país con respecto a su minoría musulmana y el comportamiento de los gobiernos y sociedades predominantemente musulmanes con respecto a sus minorías cristianas, por ejemplo, demuestra el valor del secularismo. Ese progreso democrático no está presente en otras regiones del mundo (en particular, en el mundo árabe y musulmán). Por supuesto, una afirmación así requiere cierta matización. Existen abundantes pruebas (incluidos los sijs, por un lado, y las luchas nacionales de los pueblos nororientales, por otro) de lo limitado de la capacidad del régimen para ocuparse correctamente de las cuestiones nacionales.

La experiencia de la India moderna demuestra la incuestionable superioridad de la democracia y la futilidad de los argumentos a favor de una gestión autocrática, que, con frecuencia, se sostiene que resulta más efectiva. Eso sigue siendo cierto a pesar de las evidentes limitaciones y del contenido de clase de la democracia burguesa en general, y de su realidad en la experiencia india. Para crédito del movimiento de liberación nacional (Partido del Congreso y comunistas), probablemente esa era la única opción efectiva para gestionar los diferentes intereses sociales y regionales (aunque estos se limitaran a los de las clases privilegiadas). Era también la única forma de obtener el apoyo popular al plan de la minoría de constituir el bloque hegemónico.

En la escena internacional, la India independiente se esforzó por dar forma al frente sureño de la época, el Movimiento de Países No-Alineados, cuyos orígenes parten de la Conferencia Afro-Asiática celebrada en Ban-

dung (1955). Ni siquiera el choque frontal de la India con China puso en cuestión dicha estrategia abiertamente antiimperialista.

El giro liberal y culturalista

La erosión del plan populista nacional fue inevitable en la India, igual que en todos los demás lugares, debido a sus limitaciones y contradicciones inherentes. Esta y la deslegitimación del poder que la acompañó dieron origen a una ofensiva de fuerzas oscurantistas apoyadas por la clase «compradora» dominante y una gran proporción de las clases medias (cuya expansión estaba perdiendo impulso y cada vez se veía más acosada por dificultades) motivada por el discurso y las maniobras del imperialismo estadounidense. El giro dado en 1991 hacia el liberalismo partió de los líderes «compradores» del Partido del Congreso, pero sus beneficiarios políticos, igual que en los demás lugares, han sido los culturalistas, que han encontrado una audiencia bien dispuesta para sus ilusiones irracionales en las tensiones sociales y la miseria que siempre conllevan las reformas liberales.

En la India, tales ilusiones oscurantistas tienen un nombre: *hindutva*. El término designa la afirmación de la prioridad de la adherencia a la religión hindú definida como «identidad real» de los pueblos que componen el país, en oposición al concepto de *bharatva*, que hace referencia a la nación. Por supuesto, dicha reafirmación hindú no desafía el legado colonial por lo que respecta, en particular, a la propiedad de la tierra o al respeto del sistema jerárquico de castas. A tal respecto, tal y como no han cesado de señalar los comunistas indios, las ilusiones oscurantistas sirven perfectamente a los intereses de la clase «compradora» y las potencias imperialistas. Las «especificidades» que dan contenido a su discurso pseudo-nacional, incluso casi antiimperialista, carecen en absoluto de cualquier valor. Alimentan la renovación del comunitarismo divisivo (en este caso, antimusulmán) que la potencia colonial había utilizado en su día para contrarrestar las aspiraciones emergentes de la liberación nacional laica, democrática y modernista.

Nada a este respecto diferencia esta regresión de la que aflige a otras sociedades periféricas víctimas de la misma erosión del plan populista nacional, en particular, las sociedades árabes y musulmanas. Los paralelismos con el islam político saltan a la vista.

Sin embargo, ese giro adverso no parece que sea necesariamente tan pronunciado en la India como en los países árabes y musulmanes. La razón radica, sin duda, en el hecho de que los partidos comunistas indios se mantuvieron a distancia del plan del Partido del Congreso para la India independiente, mientras que en los países árabes y musulmanes estos se

sumaron casi incondicionalmente a planes populistas similares. En consecuencia, los comunistas indios han conservado (o incluso ampliado) un grado de popularidad que protege a su sociedad de la regresión en un momento en que casi todos los movimientos comunistas han entrado en fase de declive.

El declive, por lo tanto, ha venido acompañado en este caso por una renovada radicalización de las luchas sociales. Prueba de ello es la ofensiva naxalita que, a pesar de los errores tácticos de apreciación, ha vuelto a despertar la conciencia revolucionaria entre el campesinado en grandes áreas de la India (aproximadamente un tercio del territorio). Otras pruebas son la brutal entrada de los *dalit* en el combate político y social (sin duda, como resultado de la radicalización del campesinado) y la reafirmación de la vinculación de las clases medias a la democracia.

Eso explica por qué el hundimiento de la legitimidad casi exclusiva de la cual había gozado el Partido del Congreso no dio lugar a la victoria definitiva de la derecha. El primer Gobierno de derechas fue desbancado por una alianza electoral de izquierdas, liderada por V. P. Singh, que concedía a los comunistas una mayor influencia en la vida política del país. Esa alianza, todavía frágil, no pudo evitar la recuperación electoral de la derecha. Sin embargo, esta segunda experiencia de gobierno «comprador»-hindú, que suscribía completamente los dictados del imperialismo a la ofensiva (la aceleración de la liberalización de la economía) fracasó a su vez. En las elecciones de 2004, la mayoría del electorado indio responsabilizó conjuntamente de la catástrofe social a las premisas del liberalismo y el culturalismo hindú promovidas por la burguesía «compradora» y sus maestros imperialistas. La asociación entre ambos no es un fenómeno que se haya dado en todos los lugares y, especialmente, no en los mundos árabe y musulmán.

No obstante, la izquierda india está lejos de haber ganado la batalla. El dividido movimiento comunista indio se enfrenta a desalentadoras cuestiones organizativas. Para que la cooperación en la lucha sea efectiva hará falta un enorme esfuerzo de superación de obstáculos históricos, entre los cuales uno de los no menos importantes son las formas de organización democráticas.

La larga y difícil marcha de la alter-globalización

El discurso liberal dominante no sólo considera que no existe alternativa al liberalismo económico y a la forma de globalización que lleva aparejada, sino que afirma también que apoyar dicha opción es progresista y que

todas las personas dotadas de espíritu emprendedor deben salir victoriosas. No basta con reconocer que todo ello es un sinsentido, que los hechos han rebatido, y que no resiste una reflexión teórica seria. Sigue siendo difícil edificar una alternativa social progresista que forme parte de una integración global diferente (una integración completamente aparte de la política, la economía y la ideología mundial del neoliberalismo, o sea, una verdadera alter-globalización), y la marcha en esa dirección será larga.

Por lo que respecta a la India, la creación de una alternativa de ese tipo implica necesariamente encontrar las respuestas apropiadas para enfrentarse a cuatro desafíos principales:

1. Encontrar una solución radical a la problemática del campesinado indio basada en el reconocimiento del derecho de todos los campesinos a acceder a la tierra en condiciones lo más igualitarias posibles.
2. Crear un frente obrero unitario que integre a los sectores de la clase trabajadora relativamente estabilizados con aquellos que no lo están. Este desafío es algo compartido por todos los países del mundo moderno y, en particular, por los de la periferia del sistema, marcados por los efectos enormemente destructivos de la nueva pobreza (desempleo masivo, falta de seguridad en el empleo y la excrescencia de unas nefastas condiciones en el sector informal). Sindicalistas, comunistas y activistas de los movimientos populares tienen el deber de inventar nuevas formas de lucha que potencien la democracia participativa y, juntos, ser capaces de definir los distintos estadios de una estrategia común a largo plazo.
3. Mantener la unidad del subcontinente indio, a la vez que se instaura un autogobierno local democrático, y renovar las formas de asociación de los diferentes pueblos que conforman la nación india sobre bases democráticas fortalecidas.
4. Concentrar las opciones políticas internacionales en la cuestión central de reconstruir un frente de los pueblos del Sur (con la solidaridad entre los pueblos de Asia y África como primer y principal objetivo), en unas circunstancias en las que, por supuesto, ya no son las que envolvieron la formación del Movimiento de Países No-Alineados en la época de Bandung (1955-1975). Otorgar la máxima prioridad al objetivo de hacer descarrilar el plan estadounidense de controlar militarmente el planeta y hacer fracasar las maniobras políticas de Washington, cuyo propósito es evitar cualquier acercamiento serio entre la India, China y Rusia.

Las fuerzas políticas y sociales que dificultan el avance de la India en la dirección que acabamos de mencionar son considerables. Constituyen un bloque hegemónico que representa una quinta parte de la población: detrás de la gran burguesía industrial, comercial y financiera y los grandes terratenientes, aparecen las grandes masas de campesinos acomodados y clases medias y la alta burocracia y tecnocracia. Esos 200 millones de indios son los beneficiarios exclusivos del plan nacional que hasta ahora se ha llevado a cabo. No cabe duda de que, en el momento actual de marcado triunfo liberal, dicho bloque se está hundiendo por el peso del efecto de, entre otros factores, el fin de la movilidad social ascendente de las clases medias, que se ven amenazadas por la pérdida de la seguridad en el empleo y el empobrecimiento, cuando no directamente por la pobreza. Dicha situación otorga a la izquierda la oportunidad de desarrollar tácticas, si es posible, para debilitar la cohesión de todas esas fuerzas reaccionarias en general y, en particular, de su enfoque «comprador», que es la correa de transmisión del dominio imperialista globalizado. Sin embargo, en caso de que la izquierda fracase, todo ello ofrece también oportunidades a la derecha hindú.

Con frecuencia oímos decir que esa «nación de 200 millones de personas», que constituye un gran mercado comparable al de varios grandes países europeos juntos, es el futuro de la India, mientras que la mayoría, que suma unos 800 millones de indios asolados por la pobreza, no suponen más que un lastre al que el país está encadenado. Además de ser una aberración, dicha opinión reaccionaria es completamente estúpida. La minoría sólo puede ser privilegiada a causa de la explotación de los recursos del país y de los trabajadores que constituyen la mayoría.

La minoría que conforma ese bloque se halla, por lo tanto, en una situación tal que excluye la reproducción en la India del pacto histórico entre capital y trabajo que sirvió de base a la socialdemocracia en Occidente. El discurso que compara el fordismo de la periferia con el fordismo de las regiones desarrolladas se basa en un enorme error de comprensión del impacto de cada una de esas dos fórmulas: el fordismo occidental compartía los beneficios de la expansión capitalista con la mayor parte de la clase trabajadora, mientras que el fordismo periférico funciona para beneficio tan sólo de las clases medias. La India no es el único ejemplo de ello: Brasil y China se encuentran en la actualidad en situaciones similares.

El hecho de que dicho bloque hegemónico ejerza la gestión por medio de la democracia política, como ocurre en la India, no disminuye su dimensión de clase reaccionaria. Por el contrario, es esa la forma más efectiva de establecer dicha dimensión.

El bloque hegemónico que gobierna la sociedad india está bien integrado en la lógica dominante de la globalización capitalista y, hasta el momento, ninguna de las diversas fuerzas políticas a través de las cuales se expresa desafía dicha globalización. Sin embargo, el proyecto nacional indio sigue siendo frágil, incapaz por su propia naturaleza de extenderse a toda la sociedad aunque sólo sea en la forma limitada de un capitalismo «racionalizado».

Consecuencia de esa vulnerabilidad es la política frecuentemente oportunista de la clase política india, que muy a menudo se justifica con argumentos de *Realpolitik* o política realista a corto plazo. Frente al plan de los Estados Unidos de control (militar) total del planeta y al alineamiento imperialista colectivo de la tríada (Estados Unidos, Europa y Japón), la clase política india ha sido hasta la fecha incapaz de diseñar y poner en práctica las contramedidas necesarias. Ello implicaría la creación de un frente que uniera a la India, Rusia y China, todas ellas amenazadas de igual modo por la «compradorización» consecuencia de la expansión del nuevo colectivo imperialista. Podría ser que implicara también una búsqueda más sistemática de acercamiento a Europa, dependiendo de en qué medida esta última se mantenga a distancia de los planes hegemónicos de Washington. Los gobernantes indios no valoran en su justa medida esta perspectiva, incluidos aquellos más vinculados a las fórmulas más decididas a socavar el derecho del grupo «comprador» hindú. Por el contrario, siguen otorgando prioridad a sus conflictos con China, a la que perciben como una potencia militar adversa y un peligroso rival financiero en los mercados del capitalismo globalizado. Incluso piensan que se puede utilizar un posible acercamiento a los Estados Unidos para convertirse en su principal aliado en Asia. Hay otros en el Tercer Mundo que han adoptado un razonamiento erróneo similar: en Brasil, Sudáfrica e incluso en China.

Las medidas que hacen falta para contrarrestar el despliegue de un nuevo imperialismo colectivo requieren la reconstrucción de un frente de los pueblos del Sur. Una vez más, la tarea dista de ser fácil. Los conflictos entre los países del Sur, sobre todo en la zona que separa la India de Pakistán, provocados en gran medida por la desviación culturalista-«compradora» (de la cual es notablemente responsable el islam político), resultan predominantes y refuerzan los cálculos tácticos a corto plazo de la clase política india.

Tal oportunismo no sólo destruirá a largo plazo las condiciones necesarias para la construcción tanto de una alternativa progresista nacional y una alter-globalización que la respalde, sino que también ofusca a sus defensores hasta el punto de hacerlos perder de vista la vulnerabilidad de

la unidad india y las maniobras de un imperialismo que pretende destruirla. No hay ilusiones posibles en este tema. Incluso hoy en día, la diplomacia de Washington ha escogido la opción de «apoyar a la India y su unidad» durante un tiempo por razones tácticas; su plan a largo plazo consiste en inutilizar la capacidad de este gran país para convertirse en una gran potencia. Aceptar el proyecto de expansión del capitalismo global fortalece las tendencias centrífugas, ya que dicha aceptación acentúa las desigualdades regionales del desarrollo. La visión de la India como gran potencia no es coherente con los duros requisitos que impone un capitalismo global sometido a la hegemonía de los Estados Unidos.

Notas

1. Se corresponden, respectivamente, con los estilos políticos de Gamal A. Nasser, el partido Baaz y el coronel argelino Huari Bumedién [T.]